

José M. Roca

## Parece que Rusia está en guerra

Con bastante retraso respecto a los hechos, una parte de la ciudadanía rusa se ha dado cuenta de que Rusia está en guerra con Ucrania y, aunque el uso público de la palabra "guerra", que realmente designa lo que sucede, está prohibido por las autoridades, muchos ciudadanos la admiten para sus adentros.

Ha sido preciso que, tras más de medio año de combates, el resultado de la "operación especial" de defensa preventiva -ante una supuesta e inminente agresión a Rusia por parte de Ucrania y la OTAN- no haya sido el esperado.

El retroceso de unidades rusas en un territorio difícilmente conquistado y luego recuperado por los ucranianos plantea algunas dudas sobre la capacidad operativa de ese ejército, y el propio Putin reconoce implícitamente que se trata de una guerra al verse forzado a decretar la movilización de civiles para reclutar con urgencia 300.000 hombres, con el fin de enviarlos al frente ucraniano.

En su retirada, las tropas rusas han dejado atrás un paisaje desolado y muestras claras de barbarie: infraestructuras productivas destruidas, viviendas, escuelas, estaciones, hospitales y mercados derruidos; carreteras, vías férreas y zonas urbanas inhabitables y además se han descubierto lugares de detención, tortura y ejecución, asesinados visibles y fosas comunes con cientos de cadáveres, en particular en Mariupol, Bucha y Zaporíya.

La contraofensiva ucraniana ha mostrado, además, el abandono por los rusos de armas, pertrechos, munición convencional y balística y material pesado, lo cual, más que la retirada ordenada de un ejército regular parece la desbandada de una cuadrilla de bandidos o el resultado de una gran desertión. Cuando se redactan estas líneas, las tropas rusas se preparan para desalojar Jerson, la única capital de las provincias orientales conquistada.

Hay que añadir, el pasado 8 de octubre, la voladura con explosivos del puente de Kerch, que, siendo el más largo de Europa, no es solo una gigantesca obra de ingeniería, sino un símbolo de la anexión de Crimea. El acto se atribuye a un grupo de resistentes en un territorio que se halla bajo control ruso.

Parece oportuno dudar de la operatividad y motivación de ese ejército, también de la capacidad de los mandos, de la estrategia hacia la población "hermana", de la táctica de tierra quemada y del papel del servicio de espionaje, pues da la impresión de que el autócrata está solo, aislado de la realidad y mal informado por un coro de mediocres aduladores que solo le cuentan lo que quiere oír, pues así pueden mantenerse a su lado sin caer en desgracia por la osadía de darle malas noticias o sugerir que está equivocado en sus cálculos.

Hasta ahora han fallado los tres supuestos sobre los que Putin hizo descansar la invasión. El primero fue la "operación especial" para rescatar Ucrania del fascismo emergente y de la rusofobia, que iba a ser algo así como un desfile militar entre las ovaciones de un pueblo agradecido. En sus cálculos subestimó la posible oposición de los ucranianos a tal pretensión y el patriotismo latente que sostiene su resistencia una vez iniciada la invasión.

El segundo supuesto, que era la perspectiva de una Europa burocratizada y lenta en sus decisiones, dividida por los intereses de sus miembros, dependiente del gas ruso y, en definitiva, pasiva o dudosa ante la invasión, se ha revelado falso por el apoyo inmediato, junto a la OTAN y la ONU, a Ucrania como país soberano invadido por su vecino. Putin ha comprobado que está bastante solo, pues ha recibido el matizado apoyo de media docena de gobiernos y de un puñado de dirigentes de la derecha mundial más reaccionaria. Lo cual es poco satisfactorio para quien aspira a restaurar las fronteras de un imperio con el fin de convertirse en un interlocutor mundial imprescindible.

El tercer supuesto parte de la idea de que nadie empieza una guerra que no se cree capaz de ganar en un plazo razonable, preferiblemente corto. En este caso, ha sido la confianza en la superioridad de los efectivos militares de Rusia sobre los de Ucrania, ventaja que, hasta ahora, no ha dado los resultados esperables en la segunda potencia militar del mundo y la primera en armamento nuclear.

Así, pues, la intención de Putin de aparecer en la escena internacional mostrando firmeza y eficacia con un hecho consumado, como hubiera sido una rápida intervención militar, con pocas víctimas y coste reducido, para ocupar Ucrania antes de que la lenta burocracia europea pudiera reaccionar, se ha hundido ante la resistencia de los ucranianos y la incapacidad de las unidades rusas de llevar a cabo la "operación especial" con la velocidad requerida. Y la continuidad de los combates a lo largo de meses ha mostrado a los ciudadanos rusos la existencia de una guerra, aunque la palabra esté proscrita.

La verdad es que, ignorando mucho sobre un Estado tradicionalmente opaco, provocan sorpresa las dificultades del Kremlin en el terreno militar, por la abismal diferencia entre su potencial y los recursos de Ucrania. Otro tema es la amenaza de utilizar armas atómicas, que plantea la resolución de la guerra en otro plano, pero confirma

los problemas tácticos y logísticos del ejército ruso en una guerra librada hasta ahora con armas convencionales (con informática y electrónica, pero sin armas atómicas, biológicas o químicas).

Esas dificultades en el teatro de operaciones revelan la descoordinación y la desinformación del alto mando, que parece ignorar la advertencia de Clausewitz (1976, 108) sobre la información en la guerra (contradictoria, dudosa y falsa), y la falta de motivación de las tropas rusas frente a la alta moral de combate con que resisten los ucranianos, inferiores en número y en recursos materiales y militares, a pesar de la ayuda recibida del exterior.

Llegados hasta aquí, cuesta creer que un mandatario como Putin, tan dado al uso de la fuerza en los últimos años, haya olvidado una de las máximas del *Arte de la guerra*, de Sun Zi (2002, 127): *Quien conoce al enemigo y se conoce a sí mismo disputa cien combates sin peligro. Quien conoce al enemigo, pero no se conoce a sí mismo vence una vez y pierde otra. Quien no conoce al enemigo y no se conoce a sí mismo, es derrotado en todas las ocasiones.*

El general prusiano von Clausewitz -*De la guerra* (1976, 60)- hace una reflexión similar: *El primer acto de discernimiento, el mayor y más decisivo que ejecutan un estadista y un jefe militar, es el de establecer correctamente la clase de guerra que están librando.*

Pero no es tarea sencilla delimitar el carácter de este conflicto, a tenor de los contradictorios argumentos aducidos por Putin para justificar la invasión. Más parece que lo importante ha sido sacudir el tablero mundial con un puñetazo y luego intentar justificarlo de varias maneras, en las que se percibe escasa coherencia entre los medios y los fines y más el peso del pasado en la relación con Ucrania que un análisis ponderado sobre la situación del presente.

Si la intención era rescatar a los ucranianos del poder de un gobierno pronazi y antirruso, la intervención tenía más de operación

antiterrorista o de apoyo a un movimiento social de resistencia, que se intentó provocar con la entrada de tropas rusas sin identificar en la región oriental, que penetrar en territorio enemigo, por lo cual la invasión violenta parece desacertada.

Si, atendiendo a razones históricas, se considera que Ucrania -la primitiva Rus de Kiev- es el origen de Rusia y, que, por tanto, los ucranianos son ciudadanos rusos, la invasión matando rusos se acerca más a una guerra civil. Si no se considera rusos a los ucranianos, sino miembros de un país hermano, llevarles violencia y destrucción sin mediar agresión previa es deslealtad y un fratricidio.

Pero estos falaces argumentos cargados de nacionalismo están destinados al consumo interno, en particular a los nostálgicos de la URSS o del imperio zarista, para obtener el apoyo de la población o evitar la disidencia al mostrar el conflicto como un problema entre viejos aliados, entre repúblicas hasta hace poco tiempo federadas o entre rusos; como un arreglo dentro de un imperio. Así cobra sentido la "operación especial" para resolver un asunto estrictamente interno, sobre el que otros países no deben opinar; es decir, Putin se atiene a la doctrina de la hegemonía sobre las zonas de influencia, propia de la guerra fría.

Con esto llegamos a otro de los argumentos en circulación, que tiene más que ver con la historia reciente, con la II Guerra Mundial, con la guerra fría y con el ocaso de la URSS -para Putin, el gran desastre-, en un intento de amontonar argumentos para justificar lo injustificable.

Es un alegato que desborda el marco doméstico de la guerra como asunto interno y la sitúa en el ámbito internacional, como la justa y necesaria respuesta rusa ante un Occidente agresivo en un punto localizado -Ucrania-, un país en riesgo de ser convertido en un baluarte de la OTAN y, por tanto, en una amenaza para la seguridad de Rusia.

Es decir, la invasión sería un efecto del orden mundial marcado por la guerra fría,

que no concluyó con la desaparición de la URSS y el bloque bajo su influencia. Ucrania sería, entonces, no una región desgajada de Rusia, ni un país "hermano", sino un peón del imperialismo occidental y de la OTAN, por lo cual merece la consideración de *enemigo*, según la concepción de Carl Schmitt: *El sentido de la distinción amigo/enemigo es marcar el grado máximo de intensidad de una unión o separación, de una asociación o disociación* (2006, 57). *La guerra procede de la enemistad, ya que esta es una negación óptica de un ser distinto. La guerra no es sino la realización extrema de la enemistad* (2006, 63).

El descalabro de operaciones que se esperaban victoriosas plantea tensiones en el gobierno ruso, no solo por la errónea percepción del adversario -¿qué es, realmente, para Putin, Ucrania con respecto Rusia?- y el verdadero carácter de la guerra, y por tanto, del tratamiento militar que merece un conflicto tan confuso, o con tantas vertientes, sino también un problema político. Al menos esa es la impresión que, desde lejos, se obtiene de la situación del régimen ruso, sacudido por las intrigas entre los grupos de la élite gobernante, mejor informada sobre la marcha de la guerra que el resto de la población y, por tanto, inquieta por su futuro. Así como por las tensiones dentro del estamento militar y entre los servicios de inteligencia -el FSB, sucesor de la KGB, y la militar GRU-, porque la permanencia de esta élite en el círculo más alto del poder del Estado depende de Putin, cuyo futuro depende de la evolución de la guerra.

Quizá sea excesivo calificar de crítica la situación interna, pero es al menos muy confusa y recuerda, en cierta medida, la última etapa de la URSS, que parecía un Estado fuerte y se pinchó como un globo, en medio de sórdidas luchas en las altas esferas.

Percibimos, como entonces, un país desinformado dirigido por una camarilla, con un déspota y su cohorte de asesores y aduladores -una renovada *nomenklatura* postsoviética mezclada con la vieja-, que ha emprendido

dido una guerra que quizá reconfigure el orden del planeta donde Rusia puede quedar malparada.

Insensata iniciativa que cuenta todavía con el apoyo de una población ganada por la propaganda y atemorizada por la represión, y con la bendición de la Iglesia Ortodoxa, cuyo patriarca -Kiril- califica la invasión de Ucrania de "guerra contra el mal" y "operación de limpieza religiosa", algo así como una versión ortodoxa de la cruzada católica de Franco en España, y sacraliza el despótico mandato de Putin al señalarlo como el "único defensor de la cristiandad en el mundo".

### **La reacción del Kremlin ante la marcha de la guerra**

La reacción del gobierno ruso ante el adverso desarrollo de la guerra ha sido la que cabía esperar. Ha encomendado la dirección de las operaciones a un militar aún más bárbaro, el general Surovikin, cuya trayectoria está avalada por utilizar métodos brutales en Chechenia y en Alepo, Siria, país al que reconoció "el derecho a defender sus fronteras", que niega a Ucrania. La guerra en Siria apoyando a otro dictador y combatiendo a la vez a los yihadistas, ha sido un campo de entrenamiento para las tropas rusas, cuya experiencia está sirviendo para machacar la resistencia en Ucrania, aumentando el bombardeo con cohetes de infraestructuras civiles, vías de comunicación y conducciones de agua, gas y electricidad, para castigar a la población ante la inminente llegada del "general invierno", el viejo aliado de los ejércitos rusos, con la intención de doblegar su resistencia por el hambre y el frío. Putin espera de la naturaleza y el clima el resultado que sus tropas no acaban de proporcionar. Por otro lado, tras retirarse del territorio conquistado, las unidades aplican la táctica de "tierra quemada" para dejar devastado el suelo ucraniano.

Otra de las medidas ha sido decretar la movilización urgente de 300.000 civiles, reclutados con no poco desorden, acentua-

do por una burocracia incapaz de adaptarse a la urgencia del Ministerio de Defensa, pues inicialmente se pretendió limitarla a hombres con experiencia militar y luego el alistamiento se generalizó. La noticia fue mal recibida y provocó protestas, un inmolado "a lo bonzo", incendios en centros de reclutamiento en lugares tan distantes como Irkutsk, en la Siberia oriental, en Kirovks, cerca de Finlandia o en Uriupinsk, en la región de Volgogrado (antigua Stalingrado), y huidas a otros países de hombres en edad de ser reclutados, por lo que el Gobierno recurrió al alistamiento arbitrario, a la leva de presos comunes y a las minorías étnicas en regiones donde alistarse en el ejército puede ser un remedio a la pobreza y el paro. Lo cual proporciona una tropa heterogénea, con poco tiempo para formarse, un gran desconocimiento de la situación a la que se va a enfrentar y escasa motivación para combatir; son personas sacadas de su vida ordinaria, que dejan su familia y su trabajo, para ir a una guerra que, en teoría, no existe, pero en la que pueden dejarse la piel o quedar mutilados. Ha aumentado la represión sobre los periodistas, las actividades de asociaciones culturales, algunas de las cuales se han trasladado al extranjero, y sobre las protestas de los ciudadanos que se atreven a desafiar el orden, que han crecido al tiempo que se tenían más datos de la situación y de los soldados muertos en campaña y se acentuaba la censura. Entre tanto, se han conocido accidentes sospechosos sufridos por personas cercanas al poder, entre ellas dos altos cargos de las empresas de energía Lukoil y Gazprom.

Otra de las disposiciones gubernamentales ha sido aplicar la ley marcial en los territorios conquistados, cuyos límites son imprecisos, y montar de modo apresurado unos refrendos de autodeterminación, celebrados sin garantías y no reconocidos por ningún país, en unos territorios que el ejército no es capaz de controlar y cuyas fronteras están siendo dibujadas a tiros, pues el gobierno de Ucrania no solo no se resigna

a perderlos, sino que aspira a recuperarlos como paso previo a cualquier negociación. Finalmente, pero no menos importante, Putin ha adoptado la táctica del loco, que inspira temor porque es capaz de hacer cualquier cosa, y amenaza con utilizar armas atómicas. Un órdago a los gobiernos aliados de Zelensky, que sitúa la guerra en un nivel de violencia y destrucción difícil de imaginar, pero que es un reconocimiento implícito de la dificultad de sus tropas para vencer a las de Ucrania en una guerra no nuclear.

### Consideraciones finales

Hasta ahora, la invasión de Ucrania, lejos de paralizar a la Unión Europea, ha imprimido velocidad y unidad a sus decisiones. Con dificultades, claro está, pero, salvando a los partidarios de Putin, la mayoría de sus miembros ha apoyado con diverso grado de convencimiento, el gasto y los efectos negativos que acarrearán las sanciones económicas y financieras a Rusia, así como el envío de la ayuda humanitaria y militar solicitada por el gobierno de Zelensky.

La UE se dispone a abordar cambios de orden estratégico respecto a sus fuentes de energía, que ha decidido diversificar para depender menos de Rusia, e intervenir en el mercado energético, planteando, incluso, un posible límite a los precios mientras dure la guerra. Decisiones que llevarán aparejados cambios en la estructura del suministro que sea alternativa a la actual, lo que, en un futuro no muy lejano, puede privar a Rusia de un mercado que creía tener asegurado.

De igual modo, y de cara a reforzar la soberanía de una Unión Europea situada entre dos gigantes, se ha puesto de nuevo sobre el tapete, pero esta vez con más urgencia, la necesidad de disponer de un dispositivo de defensa propio, que esté de acuerdo con su potencial económico, si es que quiere dejar de ser un enano político entre gigantes.

Aparte de las sanciones, que serán temporales, económicamente no parece que Putin haya situado Rusia respecto a la Unión

Europea en una posición mejor que la que tenía en febrero de este año, antes de iniciar la invasión.

Un efecto esperable, pero al parecer imprevisto en la estrategia de Putin, ha sido el paradójico fortalecimiento de la OTAN. Ese ha sido el gran regalo a Estados Unidos, el viejo oponente del Kremlin, porque hace necesaria la Alianza cuando Trump la había dado por inútil y Macron había dicho que se hallaba en estado de muerte cerebral. Pero con las "vitaminas" de Putin ha recuperado el músculo y la actividad mental. Lo cual no es necesariamente una buena noticia para Europa, que se encuentra entre los intereses opuestos de dos imperios.

Cualquiera que sea el desenlace de esta guerra, tanto si Rusia logra imponer sus condiciones a Ucrania, como si no lo consigue, Putin no ha logrado mejorar la relación de Rusia con su vecino. Si vence, será un cruel invasor, pero, si no vence, no habrá ganado un aliado o un vecino de confianza, sino que se habrá buscado un enemigo, que guardará el recuerdo de la agresión durante décadas y será un desconfiado colindante. Y aunque finalmente no se adhiera a la OTAN, Ucrania se orientará hacia Occidente con razones sobradas y será otro país que se aleja de la santa madre Rusia y sale escarmentado de la órbita neozarista o neoestaliniana.

Madrid, 13 de noviembre de 2022.

### Bibliografía citada

Clausewitz, C. von (1976): *De la guerra*, Barcelona, Labor.

Schmitt, C. (2006): *El concepto de lo político*, Madrid, Alianza.

Sun Zi (2002): *El arte de la guerra*, Madrid, Trotta